



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

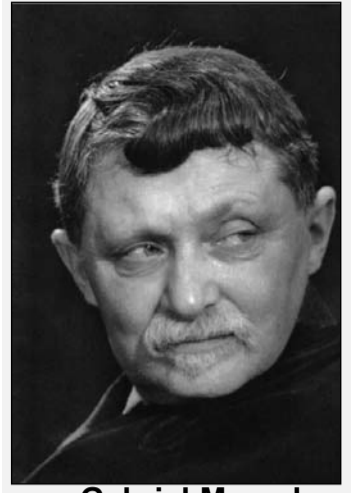
DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 9 DE OCTUBRE DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Pequeño homenaje a Javier Marías



Gabriel Marcel

(París, 1889-1973) Filósofo francés de origen judío, uno de los mayores representantes de la corriente del existencialismo cristiano que se desarrolló paralelamente al existencialismo "ateo" de Jean-Paul Sartre.

Gabriel Marcel se convirtió al catolicismo en 1929, y fue profesor en la Ecole Normal Supérieure de París y en varios institutos franceses y de otros países. Además de su obra filosófica, hay que mencionar su actividad como crítico teatral para Les Nouvelles Littéraires y sus obras dramáticas, como Un hombre de Dios (Un homme de Dieu, 1925). Otras obras suyas dignas de mención son Diario metafísico (Journal métaphysique, 1927, 1935), Ser y tener (Être et avoir, 1935); Du refus à l'invocation (1940); Homo viator (1944); El misterio del ser (Le mystère de l'être, 2 vol. 1951); Le déclin de la sagesse (1954); En chemin, vers quel éveil (1971). Percécs vers un ailleurs (1973), La Capilla ardiente y El mundo quebrado.

En su pensamiento se hace sentir la doble influencia de Henri Bergson y del pensamiento idealista angloamericano, sobre todo por lo que se refiere a la enseñanza ética y religiosa de Francis Herbert Bradley y Josiah Royce. Defendió el primado de la filosofía del conocimiento, y afirmó que la metafísica no debe degradar el misterio ontológico a problema sino reconocerlo como tal. Su pensamiento es esencialmente una filosofía de lo indemostrable, una exploración de los elementos de la realidad que no se pueden aprehender mediante el conocimiento objetivo.

En el plano metodológico, distingue entre una primera reflexión, que crea espontáneamente los conceptos y los juicios de valor que se encuentran en la base de la representación habitual del mundo exterior, y una segunda reflexión que, analizando la primera, descubre sus contradicciones y distorsiones. De esta forma, suscita en nosotros un conocimiento más auténtico de la propia experiencia y de sus implicaciones.

Esta "reflexión a la segunda potencia" conduce a la percepción de la inmediatez que, según el autor, es al mismo tiempo conocimiento y ser. La diferencia entre "problema" y "misterio" consiste en que el primero se caracteriza por estar totalmente delante del sujeto, permitiendo distinguir entre el sujeto y el objeto, mientras que el misterio, por el contrario, es algo en lo que el yo se encuentra inmerso y comprometido, donde es abolido el límite entre el yo y el otro. Por lo tanto, el conocimiento implica al propio ser, es interior, y constituye a su vez un misterio que la metafísica deberá reconocer.

La fenomenología del misterio del ser, que el autor describió en sus manifestaciones fundamentales (la fidelidad, el amor, la esperanza, la familia) entra directamente en contraposición con el planteamiento posesivo y utilitarista propio de la época contemporánea, que se resume con el término "tener". La lucha contra este "esprit de l'avenir" es esencial para construir la verdadera posibilidad de la revelación del ser.

Por lo que se refiere a la reflexión sobre la noción de verdad, reconoció la influencia del pensamiento de Heidegger. La verdad, opuesta a la objetividad como simple verificación, es la forma que adquiere la llamada del ser y la respuesta que le da el sujeto. El último período de su especulación filosófica se caracteriza por su crítica a la categoría de utilidad y por el acercamiento de la filosofía al plano de la sabiduría.

ad pédem literae

Hay alguien tan inteligente que aprende de la experiencia de los demás..

Voltaire

Letras de buen humor

Buscamos la felicidad, pero sin saber dónde, como los borrachos buscan su casa, sabiendo que tienen una.

Voltaire

NECIO EN SENTIDO ESTRICTO

OLGA DE LEÓN

"No debería uno contar nunca nada, ni dar datos ni aportar historias ni hacer que la gente recuerde a seres que jamás han existido ni pisado la tierra o cruzado el mundo, o que sí pasaron pero estaban ya medio..."

Ella buscaba siempre ser escuchada, le gustaba no sé si oír su voz en público o que todo mundo supiera de su vida, de lo que le sucedía cada día, aunque nada extraordinario le pasara por lo general, según el criterio de sus escuchas. Así era ella. No le importaba lo que los demás pudieran pensar de ella; pero, en el fondo, muy en el fondo, le dolía que la mal interpretaran, o no comprendieran, en sentido estricto, lo que quería decir, y justo cuando lo decía...

Lo que sucedía la mayoría de las veces, nadie se enteraba siquiera de: lo que intentaba decir con sus circunloquios ni de cuando lo hacía; cómo: si no escuchaban, no veían, no sentían... era como si no existieran. Y, realmente no existían. Ella hablaba sola, para sí misma o para los seres ya muertos, sus seres queridos, los que más amó.

Así era ella, la mujer de negro, la que vestía a veces de blanco pero, predominantemente, de negro. Y no era que estuviera triste o taciturna, no; simplemente, María sabía bien que el negro favorecía a su figura, disimulando la curvas y algo del peso ligeramente de más, también le venía muy bien al color de su piel, y hacía que resaltara aún más el color entre pardo y aceituna de sus ojos y su cabello castaño con visos dorados.

La última vez que la vi, era la de siempre. Hablaba y hablaba, pensando que relatara hechos y vivencias personales que podían interesarles a todos, su público (¿cuál?)... y se esmeraba en el vocabulario, siempre fue muy cuidadosa de no repetir palabras y aportar alguna no muy frecuente en el léxico de cualquiera.

Ese día, se levantó con algo de dificultad del mullido sillón en el que estaba, su sillón favorito, dio algunos pasos dirigidos hacia el interior del resto de su casa, luego recapitó en que no se había despedido... dio media vuelta y con el cuerpo, espalda y cuello lo más erguidos posible, dijo: ustedes disculpen, debo retirarme, parece que mis huesos ya cumplieron su dosis de dispensa hacia los otros, al mundo de los vivos y más sanos. ¡Buenas noches!, se quedan en su casa, por mí no se preocupen estaré bien... para mañana será otra... o, quizás, la misma... no sé... ya se verá... Y desapareció tras el vaho que entraba por las rendijas de la puerta y las ventanas del pasillo.

Desde mi experiencia de cazador de espíritus y con mi habilidad para reconocer los rostros del mañana, creo que ella



fue tan real como la muerta con la que casi dormí cuando fui de visita a mi pueblo natal, allá muy cerca de Córdoba... la ocasión aquella que les referí en otra novela... O habrá sido un cuento largo... No lo sé, la crítica a veces me confunde, sobre todo cuando es muy buena para descifrar, separar, analizar y ver hasta lo que jamás pensé que hubiese escrito.

Sí, a María la tuve muy cerca de mí, habiéndome como solía ella hacerlo, mucho y con agilidad no solo en la lengua sino también en el pensamiento. Se despidió mirándome a mí, ya que nadie más estaba allí; solo yo quedaba en su acompañamiento, todos se habían ido hacía más de una hora. Mis dones estuvieron a prueba ese día por la tarde: vi el rostro futuro de más de uno, y no me gustó el resultado: Vi a María, mi gran amiga y colega con el rostro de la muerte.

Necio en el sentido más estricto, me levanté, y la seguí...

EL HOMBRE SENTIMENTAL
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Concluyó su clase diciendo: "Chicos, gracias por intentarlo con el temporizador. Será importante en sus vidas, como escritores de ficción, la escritura libre. Acostumbra a llenar la página en un período corto de tiempo". Y los dejó salir hasta el siguiente lunes a las nueve de la mañana. Y esta vez, en lugar de meter apresuradamente su laptop en la mochila para salir corriendo hacia su

auto, lentamente sacó de una bolsa de plástico el borrador y limpió del pizarrón lo que en él había escrito, con la calma de un cangrejo que no sabe a dónde va a llegar. Los trazos largos del brazo extendido, casi sin doblar los codos, sosteniendo el borrador con la mano curva, como si se tratara de una pelota de béisbol, iban y venían de izquierda a derecha y viceversa. Ese día había escrito, con el marcador, más que lo de costumbre, porque solía llevar su material condensado en presentaciones que realizaba en el sitio Canva. Y cuando al salón de clase traía fragmentos de novelas para compartir con sus alumnos, los distribuía como fotocopias que le costaban medio euro la decena de hojas, y que él pagaba de su propio bolsillo. No entendía cómo usar las fotocopadoras gratuitas instaladas en cada piso de la universidad. La llave para hacerlo era su contraseña, que tenía apuntada en alguna libreta que siempre dejaba en el departamento.

Regularmente olvidaba apuntar la clave en alguna hojita de papel. Cuando dejó limpio el pizarrón blanco, guardó su material en la bolsita Ziploc de plástico, desenchufó la laptop tanto de la corriente eléctrica como del cable HDMI, guardó todo en la mochila y caminó desde Aulas II hasta el estacionamiento frente a Aulas I. Igual, con la calma de un pitcher de béisbol que toma su tiempo para discernir con cuidado el siguiente lanzamiento. Pedro no tenía muchas opciones: Iba a una cita en el Gran Café Gijón, cerca del Parque El Retiro, con María

Isabel, una chica quince años menor que él y quien a sus treinta de edad, había obtenido un Doctorado en Literatura Medieval de la Complutense y buscaba una posición postdoctoral en la Carlos III, donde Pedro enseñaba. ¿La relación entre ambos? Un amorío de primavera que no había terminado muy bien.

Pedro subió al auto, abrió la guantera y extrajo la pantalla de su estéreo. La colocó con cuidado cirujano sobre la computadora y buscó en Spotify una canción de Danny Ocean: Fuera del Mercado. Teléfono y estéreo se conectaron en automático, por Bluetooth. La máquina encendió y Pedro condujo hacia la salida más lejana. Imaginó la voz de María Isabel diciendo: "Tengo dos sensaciones de nuestro último encuentro contigo. Por una parte, tengo ganas de hacer el amor contigo; pero, por otro, no puedo pasar por alto que en nuestro distanciamiento hubo un tema de salud que cuando lo hablamos, fue ríspido". "Tú estabas demasiado concentrada en minimizar mi conferencia en Francia, cuando fue un éxito". "No. Percibí que la última vez no querías besarme. Eso me pone a pensar ahora... qué tan buena idea puede ser que nos involucremos sexualmente". "Es cierto, me da miedo el tema de los besos. No solo por mí, sino también por ti". "Yo quiero que nos sigamos viendo y compartamos tiempo juntos. Disfruto mucho de estar contigo. Espero que tú también". "Me encanta verte cocinar, el vino y hacer el amor contigo". "¿Te parece si reflexionamos sobre lo que está sucediendo y lo platicamos? Yo no quiero volver a sentirme culpable de que te enfermas, porque así me sentí la última vez. Y no quiero volver a pasarlo". "Ya te dije que tengo el sistema inmunológico bajo. No te culpo. Necesito elevar mis defensas". "¿Te parece si antes de volver a acostarnos, nos hacemos exámenes médicos? Yo no quiero que, si a la próxima te enfermas, me pueda yo sentir culpable. Si gustas nos hacemos hasta una prueba de SIDA". "No creo que sea necesario". "Bueno, reflexionémoslo. ¿Te parece si hoy comemos juntos, pero no tenemos relaciones?" "No te quiero presionar. Si eso es lo que quieres, así lo hacemos".

Y entonces caminarían al departamento de María Isabel, y abrirían una botella de vino, y beberían hasta emborracharse, y volverían a hacer el amor con la pasión de las jaurías al amanecer.

Sin control, sin poner un límite para no acercarse excesivamente al sol, sin diagnóstico de una caída debido a las alas calcinadas ante el fuego. Y otra vez, el sufrimiento y la enfermedad.

Y la maldición y el llanto y el dolor.

Y todo eso pasaría hasta que nuevamente aparecería el hombre sentimental.

Mónica Lavín

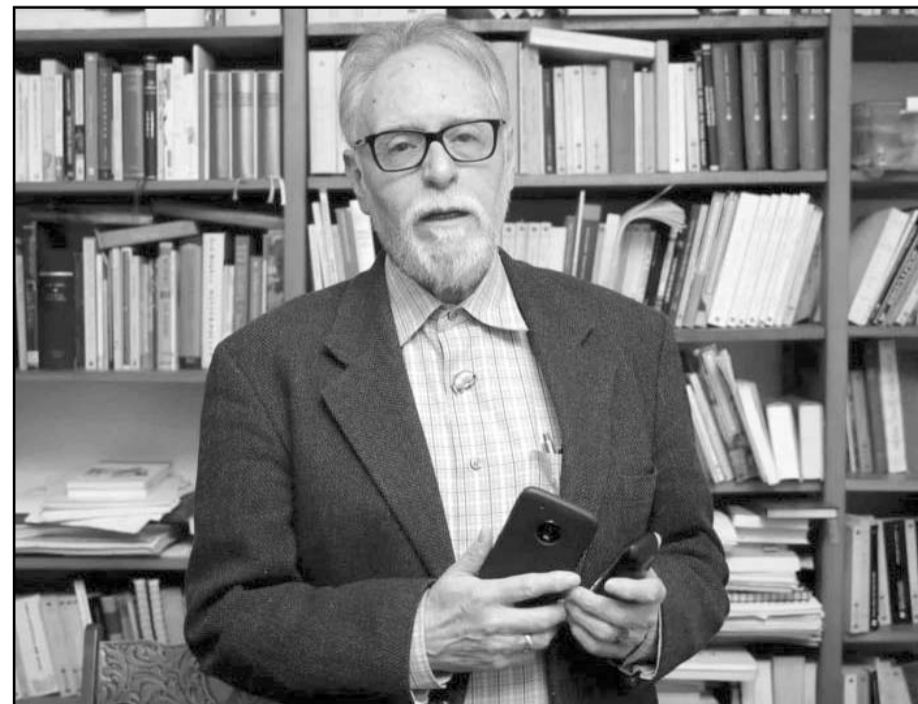
David Huerta

A Verónica Murguía

Acabamos de coincidir en agosto en la feria del libro en español de Los Ángeles que organizó la FIL Guadalajara: LéaLA. Vernos después de pandemia nos dio alegría a los escritores que nos encontramos en el centro de Los Ángeles. Un centro tocado por los estragos de la pandemia que había llevado a la calle a muchos más vagabundos de los que recordábamos la última vez. El hotel en que antes nos hospedaron había sido usado como refugio de homeless. Pero habíamos sobrevivido a la pandemia y David Huerta se acercó a la mesa de aquel restaurante italiano a saludarnos a María Perujo, ilustradora, y a mí, pues habíamos llegado desde el día anterior a presentar nuestro libro infantil para la colección El árbol del INE (La hamaca roja) y la mayoría llegó un día después. Nos hizo alguna broma, porque así era David. Y Verónica Murguía y yo nos abrazamos con la alegría de vernos, somos amigos de largo tiempo, hemos compartido el proceso de escritura en una tertulia común que tuvimos y, entre tantas cosas, el temblor que nos tocó en Santiago de Chile y la llamada reciente que me hizo para saber cómo estaba después de este 19 de septiembre. Más allá de los libros que nos unen, más allá

de la admiración, la amistad, siempre me asombró y asombra la pareja que formaron David y Verónica, esa manera de quererse, cuidarse y acompañarse.

La muerte de David Huerta el 3 de octubre nos tomó por sorpresa. Cuando alguien se va, todos tenemos nuestros despojos y esta página donde ahora me leen en EL UNIVERSAL es un mapa de la coexistencia en el tiempo y en el espacio, un testigo de presencias y ausencias. Las columnas nos hermanan, en la sección cultural, quienes colaboramos formamos un coro de voces y miradas: Élmer Mendoza, Ángel Gilberto Adame, Javier García Galeano, Adriana Malvido, Guillermo Sheridan, Guillermo Fadanelli, Ignacio Solares, Paulina Lavista y hasta hace unos meses César Güemes, quien murió tempranamente y a quien conocí en el primer taller al que fui, y David Huerta, cuya columna no dejaba de leer. Los espacios de cultura son cada vez más reducidos y que exista la posibilidad de opinar y de proponer una conversación es parte fundamental de lo que hacemos los escritores. David Huerta lo mismo compartía sus lecturas y contagiaba el interés por ciertos autores, que manifestaba su desilusión y descalificación por el ninguneo al quehacer artístico e intelectual del gobierno actual que él había creído de izquierda,



democrático e incluyente, y en el que había depositado su confianza. Por eso me quedo pensando, a pesar de que se publicó la última colaboración de David Huerta esta semana con esa prosa natural, cálida y afable que lo pinta a el de cuerpo entero, cuál hubiera sido su opinión frente a la aprobación de la seguridad en manos de los militares hasta el 2028 en nuestro país. David nos hace falta no sólo como un amigo y un poeta que va cantando y contando los tiempos y nos va acercando como entusiasta maestro sus lecturas y descubrimientos, sino como el vecino de página en el diario,

como un faro necesario para comprender el hoy y la condición humana, el lenguaje y sus posibilidades, como una voz crítica hija del 68, que iluminaba el descontento de muchos. Quedan los libros de David Huerta, cuya obra y premios lo distinguen y son referentes indispensables de la literatura mexicana contemporánea; queda un futuro que no se llenará de sus palabras. Queda un vacío en estas páginas que nos animan a concordar y a disentir, que ensanchan y enriquecen nuestra relación con el mundo y el arte. Sin David Huerta queda un boquete.